SABER SER PADRE

Ya de por sí son difíciles las relaciones interpersonales con las más diversas personas; pero en la familia, a veces se complican, por la cercanía, al dar por supuestas muchas cosas, entre el ideal y la realidad. Si los dedos de la mano no son iguales, de modo semejante las personas son distintas. La relación padre-hijo puede complicarse; cada cual puede buscar su propia razón o autojustificación por diversos motivos: edad, ambiente, amistades, cambio de época y circunstancias: así fue… así ya no es. Quizá en una persperctiva teológica, el “diábolos”,- el que divide, tenga particular interés en lograr divisiones y enfrentamientos al interior de la familia. “El padre contra el hijo, el hijo contra el padre”. En la relación padre-hijo, vale la pena leer la carta escrita por Kafka. Cómo el padre nunca tuvo tiempo para su hijo, porque hubieron otras cosas más importantes. Por eso vale la pena volver los ojos al Padre celestial, que se complace en el Hijo, amado-agapetós ( Mc 1, 7-11). Así el Padre Dios quiere complacerse en cada uno de nosotros “que hemos nacido del agua y del Espíritu Santo”. Somos hijos en el Hijo, Jesús, y nos engendra en Él real y permanentemente por el bautismo y por la gracia santificarte conservada.El papá ha de amar a su hijo desde el Padre por el Espíritu Santo. La redención de Jesús, alcanza a sanar,-si se quiere, esta relación padre-hijo; ciertamente hay que entregar la vida, no solo buscando el sustento, la casa, el vestido y la educación, sino en la manifestación de una relación afectuosa padre-hijo. Engendrar permanentemente al hijo por el amor constante sostenido por la oración y la práctica efectiva de la virtud. La vida es un continuo engendrar al hijo, hijos. Otro tanto deberíamos asumir los presbíteros, a los cuales los fieles cariñosamente llaman “padre”.

Una relación padre-fiel, desde el ejemplo de Jesús y con el Corazón de Jesús, amando con el estio del Padre celestial, valorando a cada hijo de Dios,-por el bautismo, como tal.Como enseña el Papa Francisco: ‘no encerrarnos en estructuras que nos dan una falsa contención, en normas que nos vuelven jueces implacables; practicando costumbres donde nos sintamos tranquilos, mientras fuera hay una multitud hambrienta; una Iglesia de puertas abiertas; evitar comportarnos como controladores de la gracia, y no como facilitadores, porque la Iglesia no es una aduana es la casa del Padre, donde hay lugar para cada uno con su vida a cuestas’. Quizá es imprescindible que algún seglar o religiosa lleve la oficina o la notaría en la parroquia o en la rectoría; a veces no es muy adecuado el trato; el comportamiento es burocrático y en más de una ocasión falto de sensibilidad, de caridad, falto de competencia, como poner trabas que están más allá del derecho canónico o del derecho diocesano; los ejemplos abundan. Es imperativo el trato humilde,caritativo, misericordioso, propio del Padre de la misericordia, que tiene entrañas de madre. Es más “madre que padre”, como sentenció el Papa Juan Pablo I. Sería laudable, que el primer trato con el fiel, lo tuviera el párroco, el vicario o el rector y después hacer lo conducente. Qué importante es esa cercanía del papá- hijo o del padre al fiel cristiano.